

III

«A la señorita Germana de Freydet.
En Clos-Fallanges.

Por Mousseaux
(LOIRE-ET-CHER)

Ahí va con toda exactitud, mi querida hermana, la descripción de mi vida en París. Pienso escribir esto todos los días y enviarte el paquete dos veces por semana, por todo el tiempo que dure mi estancia aquí.

He llegado hoy, lunes, por la mañana, y he parado, como siempre, en el hotelito de la calle de Servandoni, adonde no llega más ruido del gran París que el de las campanas de San Sulpicio y el continuo golpear de una fragua vecina, que en el hierro herido á compás me envía como un eco de la aldea. En seguida he corrido á ver al editor.

—¿Cuándo sale?

—¿El qué, su libro de usted? Salió hace ocho días.

Desapareció tan pronto como apareció en

las profundidades de la gran fábrica Manivet, siempre humeante, caldeada y jadeante y siempre dando á luz nuevos tomos.

Precisamente aquel lunes aparecía la gran novela de Herscher, *La Bacante*, con una tirada de no sé cuántos miles de ejemplares, los cuales, apilados en altos montones ó bien ya embalados, llegaban hasta el techo de la librería. Figúrate el gesto de los dependientes y el aire distraído de Manivet cuando, como el que viene de la luna, le he preguntado por mi pobre tomito de poesías y por las probabilidades que tenía de ganar el premio Boisseau. Le he pedido algunos ejemplares para los individuos de la Comisión, y me he escapado atravesando calles, verdaderas calles de *Bacantes*.

Dentro del coche he abierto y he hojeado el libro: me ha gustado la seriedad del título: *Dios en la naturaleza*. Bien mirado, quizá las titulares son algo estrechas y resultan poco llamativas, pero yo espero que tu bonito nombre, Germana, impreso en la dedicatoria, nos dará suerte.

He dejado dos ejemplares en la calle de Beaune, en casa de los señores de Astier, que

ya sabrás que no viven en el Ministerio, á pesar de lo cual, la señora Astier sigue recibiendo un día á la semana: así que hasta el miércoles tendré que esperar para saber lo que piensa de mi libro el maestro. Dejé los libros y me marché al Instituto, que encontré en plena actividad, como siempre.

Realmente es prodigioso el movimiento de este París, sobre todo para los que viven, como nosotros, todo el año, en la calma y la tranquilidad del campo. Me he encontrado á Picheral, aquel señor de la secretaría, tan frío, que te hizo sentar en buen sitio hace tres años, en la sesión de mi premio; Picheral y sus escribientes, en medio de un ruido infernal de nombres y de señas que se cruzaban de una á otra mesa, al través de las tarjetas azules, verdes y amarillas para las tribunas, la galería, el hemiciclo; entrada *A*, entrada *B*, en una palabra, todo el aparato de invitaciones para la gran sesión anual que este año honrará una Alteza Real de viaje, el gran duque Leopoldo.

—Lo siento, mi querido Vizconde (Picheral siempre me llama así, sin duda recordando á Chateaubriand); pero tendrá usted que esperar.

—No se incomode, Sr. Picheral.

Es muy divertido ese señor y muy amable: me recuerda á Bonicar y sus lecciones de buen porte y de baile en la galería cubierta de la casa de nuestra abuela en Jallanges. Es también muy irritable cuando se le contradice, lo mismo exactamente que nuestro maestro.

Desearía que le hubieses visto cómo trata al conde de Bretigny, el ex ministro, uno de los magnates de la Academia, que, estando yo, entró para reclamar unas fichas de asistencia á las sesiones. Has de saber que la ficha vale seis francos, equivalente al antiguo escudo de seis libras. Hay cuarenta Académicos, lo cual da 240 francos por sesión, á partir entre los asistentes, que tocan á más, naturalmente, cuanto menor es el número de aquéllos. Se paga todos los meses con escudos guardados en sacos de papel recio, que tienen pegado con un alfiler, como cuenta de lavandera, los nombres de los interesados. Bretigny echaba de menos dos fichas, y era la cosa más divertida del mundo ver á aquel ricachón, presidente de una infinidad de Consejos de Administración, que había ido en coche á reclamar sus 12 francos. No sacó más que seis,

que Picheral, después de detenida discusión, le echó como á un criado, y que el académico embolsó con íntima alegría. ¡Sabe tan bien el dinero ganado con el sudor de la frente! Porque no hay que creer que en la Academia no hacen nada; hay los legados y fundaciones, cuyo número aumenta de año en año, las obras que hay que leer, los informes que dan, el Diccionario, los discursos...

—Deje usted su libro, pero no se presente usted personalmente á nadie, me dijo Picheral, al saber que me presentaba á concurso. La labor forzada que les presentan, les hace feroces para los pretendientes.

Es verdad, y recuerdo muy bien la manera como me recibieron Ripault-Babin y Laniboire, la otra vez. Sin embargo, si se trata de una mujer bonita, la cosa varía, y Laniboire se pone un tanto alegre, mientras que Ripault-Babin, siempre lleno de ardor, á pesar de sus ochenta, da á la pretendiente un pastelito, diciendo:

—Llévelo usted primero á su boquita, y yo lo acabaré.

He sabido la frase en la Secretaría misma,

en donde se trata á los inmortales con amable desenvoltura.

—¿El premio Boisseau?... Aguarde usted... Tiene usted dos duques, tres petdeloup y dos comediantes.

En la intimidad de las aficiones, así se clasifica á los miembros de la Academia Francesa.

Los duques son los aristócratas y los obispos.

Los petdeloup, los profesores y sabios de todas categorías.

Comediantes se llama á los abogados, autores dramáticos, periodistas y novelistas.

Con las señas de mis petdeloup, duques y comediantes, he puesto á mi libro las dedicatorias; he dado uno al amable Picheral, otro, por cumplir, al pobre Loisillón, secretario perpetuo, que dicen que está muriéndose, y luego me he apresurado á distribuir los demás por todo París.

El tiempo era soberbio: en el bosque de Bolonia que he atravesado volviendo de la casa de Ripault-Babin (llévele usted á su boquita), embalsamaban el aire las lilas y las violetas; parecíame estar en casa, en aquellos primeros días de la primavera en que el aire es fresco y

el sol caliente, y me entraron ganas de enviarlo todo á paseo y volver á Jallanges, á tu lado.

Comí en un café del boulevard, solo y melancólico, y pasé el resto de la noche en la Comedia francesa: hacían el *Dernier Fronton*, de Desminières. Este Desminières es uno de los jueces del concurso: no puedes figurarte lo que me he aburrido. Con el gas y el calor estaba congestionado. Los cómicos representaban como para el rey-sol, y mientras desenvolvían sus alejandrinos como el que desarrolla los vendajes de una momia, el olor de las lilas de Jallanges me perseguía, y me puse á recitar los bonitos versos de Bellay, casi un paisano nuestro:

Prefiero la pizarra al mármol duro,
y el galo Loir al gran Tíber latino;
la brisa del Anjou al aire marino,
y el gran Lité al Aventino oscuro.

Martes.—Toda la mañana he andado á través de París, parándome en todas las librerías, buscando mi libro en los escaparates. *La Bacante...* *La Bacante*; no se veía otra cosa en ellos, con la faja *Acaba de publicarse*. En algún que otro sitio, pero en un rincón, se veía algún pobre

Dios en la Naturaleza, escondido y como avergonzado. Entraba en las librerías, y cuando nadie me veía, ponía mi obra encima de las otras, que se viese bien, pero nadie se fijaba. Es decir, sí, en una librería del Boulevard de los Italianos, un negro, bien vestido, de aspecto inteligente, hojeó mi tomo durante cinco minutos, y se fué sin comprarlo. Estuve por regalárselo.

Almorcé en un rincón de una taberna inglesa, y leí los periódicos, que no decían una palabra de mí: ¡ni un reclamo de tres líneas! Manivet es muy descuidado, y menos mal si ha enviado tomos á los periódicos, como asegura.

Además, ¡aparecen tantos libros! París se ve inundado de obras de todas clases.

De todos modos, es triste. Los versos, que le quemán á uno los dedos cuando los escribe, gozoso y febril, que parecen hermosos y que han de llenar é iluminar al mundo, corren ya por el mundo, pero más ignorados que cuando bullían oscuramente en el cerebro. Algo de lo que pasa á los trajes de baile que la mujer se pone en medio del entusiasmo de la familia, que parece que han de eclipsarlo todo y aplastar á todo el mundo, y que luego, á la luz

de las arañas, se pierden entre tantos trajes.

¡Herscher es feliz! Le leen y le comprenden: he visto á muchas mujeres que llevaban envuelto en la mantilla, al brazo, el tomo, amarillo todavía con la humedad de la imprenta.

¡Pobres de nosotros! Tratamos de ponernos encima ó á un lado de la multitud, y no escribimos más que para ella. Si Robinson hubiese sido un genio poético y se hubiese encontrado apartado de todo el mundo, perdida hasta la esperanza de ver aparecer una vela en los límites del horizonte, ¿hubiera hecho versos? Mucho tiempo he estado pensando en todo esto paseando por los Campos Elíseos, perdido, como mi libro, entre aquel oleaje de indiferencia.

Volvía á mi hotel, como supondrás, muy malhumorado, cuando en el muelle de Orsay, ante el solar lleno de verdura del Tribunal de Cuentas, tropecé con un tipo alto, distraído.

—¡Freydet!

—¡Vedrine!

No habrás olvidado á mi amigo el escultor Vedrine, que, cuando trabajaba en Mousseaux, vino á pasar una tarde en Clos-Jallanges con su joven y encantadora mujer.

Es el de siempre, sólo que algo le blanquea el cabello junto á las sienes. Llevaba de la mano su hermoso niño, de ojos llenos de fiebre, que tanto te gustaba, el aire altivo y soberbio, paseando olímpicamente, erguida la cabeza y con lentos gestos descriptivos, seguido á cierta distancia por la señora Vedrine, que empujaba el cochecito dentro del cual reía y se movía una chicuela, nacida después del viaje á la Turena.

—Conmigo son tres muchachos los que tiene, me dijo Vedrine presentándome á su mujer.

Realmente en la mirada con que envolvió á su marido, había algo de la maternidad tierna y reposada de una *Madonna* flamenca, en éxtasis delante de su Hijo-Dios.

Hablamos un buen rato, apoyados en el muro del muelle; me hacía un gran bien hablar con aquella buena gente. Ahí tienes á uno que se burla del éxito, del público y de los premios de la Academia. Emparentado como está con los Loissillon y el barón Huchenard, le bastaría querer echar un poco de agua clara en su vino rojo, para obtener encargos de estatuas, el premio bienal de la Academia y entrada en el

Instituto, si quisiera. Pero nada le tienta, ni la gloria.

—La gloria, me decía, la he saboreado dos ó tres veces, y sé lo que es. ¿No te ha sucedido nunca meterte el cigarro en la boca al revés? Pues esto es la gloria. Un buen cigarro que se mete uno en la boca por la punta encendida y lleno de ceniza.

—Bueno; pero si tú no trabajas para la gloria ni por el dinero...

—Por el dinero, menos.

—Sí, conozco tu desprecio al vil metal; pero entonces ¿por qué apurarte tanto?

—Por mí, por mi gusto personal, por la necesidad de crear, de espontanearme.

Ahí tienes uno que en una isla desierta hubiese proseguido su obra. Es el verdadero artista, inquieto, en pos de una forma nueva, forma que en los intervalos que le deja el trabajo busca en otras materias y con distintos elementos solo por el placer de satisfacer su gusto por las cosas nuevas. Se ha dedicado á la cerámica; los esmaltes y los hermosos mosaicos de la sala de Guardias que se admiran en Mousseaux, son ra suya. Y luego, cuando ha acabado la tarea,

vencida ya la dificultad, pasa á otro asunto. En la actualidad, su aspiración es la pintura; y en cuanto acabe su héroe, una hermosa estatua de bronce para la tumba de Rosen, trata, como él dice, «de entrar en el óleo.» Su mujer le da siempre la razón, y monta con él en todas esas aladas quimeras. Es la verdadera mujer del artista, callada y llena de admiración, y que separa del camino de ese niño grande las piedras en que pudiera tropezar. Es una mujer, mi buena Germana, que hace deseable el matrimonio. Si encontrase una parecida, me la llevaría á Clos Jallanges y estoy seguro de que la querrías. No te alarmes, las señoras Vedrine escasean, y tú y yo seguiremos viviendo juntos hasta el fin, como antes de ahora. Nos hemos separado citándonos para el próximo jueves, no en su casa de Neuilly, sino en su estudio del muelle de Orsay, donde pasan el día juntos. Según parece, este estudio es la cosa más maravillosa del mundo: está en un rincón del arruinado Tribunal de Cuentas, que ha obtenido el escultor para trabajar entre la verdura virgen y las piedras que se derrumban.

Al marchar, me volví para verlos andar á lo

largo del muelle, padre, madre é hijos, todos juntos. La luz tranquila del sol poniente les doraba como si fuesen un cuadro de la Sacra Familia.

Por la noche me quedé en el hotel, hice algunos versos, pero los vecinos me molestan y no me atrevo á recitar en voz alta; necesito mi gran despacho de Jallanges, con las tres ventanas que dan al río y á las viñas.

Miércoles.—El gran día, con grandes noticias, que te quiero dar al pormenor.

Te confieso que esperaba mi visita á los Astier con palpitations en el corazón, que se aumentaban al subir esta tarde la vieja y húmeda escalera de la calle de Beaune. ¿Qué iban á decir de mi libro? Por lo menos ¿habría tenido tiempo de hojearlo mi maestro Astier? Era cosa muy importante para mí el juicio de este hombre excelente, que conserva para mí su prestigio de catedrático, y ante el cual me sentiré siempre estudiante. Su decisión segura é imparcial era para mí la de la Academia. Figúrate, con todo esto, la angustia impaciente con que esperaba en el gran despacho que el maestro deja á su mujer para las recepciones de los miércoles.

Nada del despacho del Ministerio: la mesa del historiador está á su lado, medio tapada por un gran *paravent* cubierto con una tela antigua, el cual, á su vez, oculta una parte de la biblioteca. Enfrente, en el sitio de honor, el retrato de la señora Astier, todavía joven y pareciéndose extraordinariamente á su hijo, y también al viejo Rehu, á quien hace poco tuve el honor de conocer.

El retrato tiene una distinción un tanto fría y triste al igual del cuarto grande, sin alfombra y con grandes cortinas oscuras en las ventanas que dan á un patio mucho más sombrío.

Apareció la señora Astier, y su amable recibimiento lo iluminó todo. ¿Qué es lo que hay en este aire de París para conservar así la gracia de una cara de mujer, al través del tiempo, como al través del cristal que conserva una acuarela? La hallé rejuvenecida después de tres años; la rubia fina de siempre, con sus ojos escudriñadores.

Al principio me habló de ti, de tu cara salud, tomándose interés por nuestra unión fraternal, y luego, vivamente, me dijo:

—¿Y su libro? Hablemos de su libro. Es maravilloso. He pasado la noche leyéndolo.